

EL TEATRO.

COLECCION DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

PEDRO EL SORDO,

JUGUETE CÓMICO EN TRES ACTOS Y EN PROSA.

MADRID.
OFICINAS: PEZ, 40, 2.^o
1871.



PEDRO EL SORDO.

JUQUETE COMICO EN TRES ACTOS.

Quinta Edición

D. JOSE MOTA Y GONZALEZ

PEDRO EL SORDO.

Representado en el Teatro de la Zarzuela de Madrid, en el teatro del
Real de Valencia, en el teatro de San Carlos de Sevilla,
en el teatro de San Juan de Puerto Rico, en el teatro de
San Fernando de Cádiz, en el teatro de San Agustín de
Barcelona, en el teatro de San Juan de Alicante, en el teatro
de San Juan de Murcia, en el teatro de San Juan de
Almería, en el teatro de San Juan de Granada, en el teatro
de San Juan de Málaga, en el teatro de San Juan de
Cádiz, en el teatro de San Juan de Sevilla, en el teatro
de San Juan de Córdoba, en el teatro de San Juan de
Jaén, en el teatro de San Juan de Huelva, en el teatro
de San Juan de Cádiz, en el teatro de San Juan de
Sevilla, en el teatro de San Juan de Córdoba, en el teatro
de San Juan de Jaén, en el teatro de San Juan de Huelva,
en el teatro de San Juan de Cádiz, en el teatro de San Juan
de Sevilla, en el teatro de San Juan de Córdoba, en el teatro
de San Juan de Jaén, en el teatro de San Juan de Huelva,

SEVILLA

FRANCISCO ALFARO Y CA. Impresores de las Escuelas
Reales de Música y de Danza, San Agustín, 1874

1874

PEDRO EL SORDO.

PEDRO EL SORDO.

JUGUETE CÓMICO EN TRES ACTOS,

ORIGINAL DE

D. JOSÉ MOTA Y GONZALEZ.

Representado por primera vez, con extraordinario éxito,
en la noche del 7 de Febrero de 1868, en el teatro del
Duque, de Sevilla.

SEVILLA.

FRANCISCO ALVAREZ Y C.^{ta}, Impresores de los Señores
Duques de Montpensier, calle de Tetuan, núm. 24.

1871.

PEDRO EL ZORDO.

ALGUNOS ACTOS EN TRES ACTOS.

ORIGINAL EN

D. JOSE MOTA Y GONZALEZ.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con quienes haya celebrados ó se celebren en adelante contratos internacionales de propiedad literaria.

Los comisionados de las Galerías Dramáticas y Líricas de los Sres. Gullon é Hidalgo, son los exclusivos encargados del cobro de los derechos de representación y venta de ejemplares.

Queda hecho el depósito que marca la Ley.

SEVILLA.

FRANCISCO ALTAMIRANO Y CA. Impresores de los señores
Duques de Montpensier, calle de Tetuán, núm. 24.

1871.

PERSONAJES.

ACTORES.

LOLA.	D. ^a MATILDE VARGAS.
ROBUSTIANA.	» JUANA BASTÍO.
PEDRO (Sordo)	D. MANUEL VALLADARES.
BARTOLO.	» RAFAEL IBARRA.
ENRIQUE.	» RICARDO MELA.
PANTALEON.	» GENARO PAREJA.
DAMIAN (Tartamudo) (1)	» JUAN GALINIER.
ROQUE.	» JOSÉ OLIVA.
UN CAMARERO.	» MANUEL GARCÍA.

Dos agentes de policía y aldeanos de ámbos sexos.

La acción pasa en la época actual.

Los dos primeros actos en una hacienda, á una legua de Sevilla, y el tercero en un parador de dicha ciudad.

Las indicaciones están tomadas del lado del espectador,

(1) Si al actor le fuese más fácil usar lo que suele llamarse *media lengua*, puede hacerlo en vez de la tartamudez.

ACTO PRIMERO.

El teatro representa una pradera. Á la izquierda una ermita con portal practicable y campanario. La cuerda de la campana estará á la vista en dicho portal. Á la derecha, selva. Al fondo, la fachada de una quinta con tres puertas; la del centro mayor que las laterales: todas practicables. En el centro de la escena un pedestal con una cruz. Al levantarse el telon figura estar amaneciendo.

ESCENA PRIMERA.

ENRIQUE, por la derecha, en traje de cazador.—ROBUSTIANA y PEDRO (dentro).

ENRIQUE. Gracias á Dios que yá estoy en la quinta. Aquí habita mi querida Lola, el sér por quien yo suspiro y á quien amo con todo mi corazon. A esta carta deberé la dicha de verla y hablarla, sin que nadie sospeche el verdadero objeto de mi venida. Llamemos y no perdamos tiempo. *(Llama en la puerta del centro.)*

ROBUST. *(Dentro.)* ¿Quién?

ENRIQUE. Abra usted, buena mujer, que traigo una carta para su amo.

ROBUST. *(Dentro.)* Yá van. Pedro, que llaman; anda, que yo me estoy vistiendo. ¿No oyes que llaman á la puerta principal?

PEDRO. *(Idem.)* Voy.

ENRIQUE. Yá vienen. Mucha diplomacia, Enrique, pues en la manera de manejar este asunto estriba tu felicidad. Hagamos de modo que ántes de que su padre pueda oponerse á mi proyecto, me una un sacerdote á mi querida Lola.

ESCENA II.

ENRIQUE: PEDRO, que sale por la puerta del centro
acabándose de vestir.

PEDRO. ¿Qué se ofrece, caballero?

ENRIQUE. Quisiera se tomase la molestia de entregar esta carta á su amo.

PEDRO. Haga usted el favor de hablar un poco más alto, pues estoy algo sordo de resultas de una detonacion de cañon, que en tiempo de los franceses me lastimó el oido. Por cierto que eso me valió el ser cabo segundo. Pero ¡qué detonacion!

ENRIQUE. Yá lo creo, como para dejarlo sordo.

PEDRO. ¡Eh! ¿qué dice? ¿que le cuente cómo fué?

ENRIQUE. Nó, buen hombre.

PEDRO. ¿Que sí? Con mucho gusto; porque amigo, los militares nos rejuvenecemos recordando nuestros buenos tiempos.

ENRIQUE. ¡Adios! ¡Ahora me vá á referir, con todos sus detalles, la guerra de la Independencia!

PEDRO. Pues verá usted. Era el diez y nueve de Noviembre del año mil ochocientos nueve. Estábamos setenta mil hombres en Ocaña al mando del....

ENRIQUE. Del Demonio.

PEDRO. General Areizaga.

ENRIQUE. ¿Pues no quiere contarme ahora la batalla de Ocaña? Oiga usted, buen hombre, entregue primero esta carta y luego me contará el ataque *(Dándosela.)*

PEDRO. ¿Y para qué es esto?

ENRIQUE. Para que la entregue á su amo.

PEDRO. Más alto.

ENRIQUE. ¡El Demonio cargue contigo y tu sordera! *(Le señala para adentro.)*

PEDRO. ¡Yá! ¿que me llaman?

ENRIQUE. Nó. *(Seña negativa y poniéndole la carta delante de los ojos.)* Que entregues esta carta.

PEDRO. Comprendo. *(Lee el sobre.)* Al Sr. D. Pantaleon Bravo, coronel retirado. *(Declamando.)* ¡Ajá! Usted vendrá á pedirle permiso para cazar en el coto.

ENRIQUE. Sí. *(Seña afirmativa.)*

PEDRO. Pues se lo dará; á nadie se lo niega; él fué muy aficionado cuando tenía lugar y estaba ágil; yo le acompañaba y siempre volvíamos con diez ó doce reses.

ENRIQUE. Muy gorda es esa.

PEDRO. Pero desde la horrorosa batalla de Ocaña se nos acabó

- la afición, pues mi señor quedó muy enfermo de resultas de una grave herida que lo tuvo en cama cerca de un año, y yo me quedé algo sordo.
- ENRIQUE. ¿Algo sordo? Más que una tapia. Éste me vá á embromar con su charla incansable, y el tiempo urge.
- PEDRO. ¿Qué dice?
- ENRIQUE. Que entregue usted pronto la carta.
- PEDRO. Más alto.
- ENRIQUE. *(Al oído con mucha fuerza y empujándola hácia la casa.)* Que entregues pronto la carta.
- PEDRO. Voy ahora mismo; pero vuelvo para acabarle de contar la batalla de Ocaña.
- ENRIQUE. Sí, está bien.
- PEDRO. Pues hasta luégo. *(Váse por la puerta central del foro.)*

ESCENA III.

- ENRIQUE. Es necesario evitar que éste me cuente la dichosa batalla. ¡Y no es muy sordo que digámos! No parece sino que en aquella accion una bala le taladró ámbos oídos. Pero volvamos á mi asunto. ¡Qué alegría vá á tener mi querida Lola cuando vea que apenas recibí su carta me he puesto en camino para salvarla de la situacion en que está! ¡Es mucho empeño el que tiene su padre de casarla con un hombre á quien no ama!

ESCENA IV.

- ENRIQUE: BARTOLO, que sale barriendo el portal de la ermita y vestido de sotana.—PEDRO sale á poco por la puerta central del foro.
- BARTOLO. Buenos dias.
- ENRIQUE. Muy buenos.
- BARTOLO. *(Aparte.)* ¡Calla! Me parece que este caballero es el que yo espero.
- PEDRO. *(Saliendo.)* Me ha dicho mi coronel que pase usted adelante, pues hasta que venga recomendado por ese señor para que su casa y coto estén á sus órdenes; y que siente al mismo tiempo no poder acompañarle, á causa de las numerosas heridas que recibió en la batalla de Ocaña.
- ENRIQUE. Déle usted las gracias y dígale que no exijo el que se moleste.

- PEDRO. ¡Eh! ¿Que le cuente cómo recibió las heridas en e
ataque de Ocaña?
- BARTOLO. Pues ya está usted fresco si tiene que aguantar el
relato del ataque narrado por ese majadero. El sí
que es un ataque continuo.
- ENRIQUE. No, pues yo no lo aguanto; ahí se lo dejo. (*Váse
por la puerta central del foro.*)
- BARTOLO. Pues lo que es conmigo viene bien. (*Sigue bar-
riendo.*)

ESCENA V.

BARTOLO y PEDRO.

- PEDRO. Buenos días, señor Bartolo.
- BARTOLO. Dios se los dé muy buenos, señor Pedro.
- PEDRO. ¿Se está de aseo?
- BARTOLO. Sí, sordo de Lucifer.
- PEDRO. ¿Que quién es?
- BARTOLO. Sí. (*Aparte.*) Por éste podré enterarme si ese caza-
dor es quien sospecho.
- PEDRO. No lo conozco; trae una carta para mi amo el corone-
nel, de un amigo de Sevilla, solicitando le permita
cazar en el coto, y de ello deduzco que es un ca-
zador.
- BARTOLO. Las verdades de Pero-Grullo, ó mejor dicho, de
Pedro el jaquecoso.
- PEDRO. ¿Conque hoy es día de fiesta y por consiguiente de
misa?
- BARTOLO. Sí. Hoy estarás en tus glorias, y les contarás por la
milésima vez el ataque de Ocaña á los pobres al-
deanos.
- PEDRO. ¿Qué día es hoy?
- BARTOLO. Día de la Santa Cruz.
- PEDRO. ¿Es domingo?
- BARTOLO. Sí; el demonio que cargue contigo.
- PEDRO. ¿A cuántos estamos del mes?
- BARTOLO. A tres.
- PEDRO. ¿A diez?
- BARTOLO. Sí, á rayos y truenos que te partan.
- PEDRO. ¡A diez! Hoy me gané la cruz de Vitoria, la de Ordaz
y la famosa del puente de Alcolea...
- BARTOLO. (*Aparte.*) Todas sin pension.
- PEDRO. Porque le corté la cabeza á dos franceses de un solo
tajo.
- BARTOLO. Cuéntale esa á tu abuela.
- PEDRO. Oiga y se lo contará.
- BARTOLO. Voy á tocar á misa. (*Suelta el escobon y coje con
prontitud la cuerda de la campana.*)

PEDRO. Pero tocando no me vá usted á oír.

BARTOLO. Sí. *(Seña afirmativa.—Al empezar Pedro á hablar Bartolo toca la campana, y á medida que Pedro se entusiasma en su narracion Bartolo apresura el toque.)*

PEDRO. Pues señor, después de la horrorosa batalla de Ocaña, el día 19 de Noviembre del año 1809, quedamos muy malparados los españoles; fué una batalla que desde luego debió quedar por nosotros y nó por los malditos franceses, que Dios confunda; pero las intrigas por una parte, y por otra la falta de tacto del general Areizaga, comprometieron á setenta mil hombres que estábamos bajo su mando. ¿Pero usted no me oye?

BARTOLO. Sí. *(Seña afirmativa dejando de tocar.)*

PEDRO. Pues bien. *(Al empezar á hablar de nuevo Pedro, Bartolo vuelve á tocar con precipitacion.)* Después de esa batalla desastrosa para nosotros los españoles, iba yo una noche entrando *(Pedro con misterio; la campana piano)* en una casa, cuando me encontré con dos franceses juntos, muy juntitos. *(Pedro con entusiasmo. La campana fuerte y repicada.)* Al momento se me vino toda la sangre á la cabeza *(Bartolo deja de tocar)*, saco el sable....

ROBUST. *(Dentro.)* ¡Pedro!

PEDRO. Y zás, de un solo tajo rodaron las dos cabezas.

ROBUST. *(Idem.)* ¡Pedro!

BARTOLO. Qué lo llaman á usted. *(Señalando para la casa.)*

PEDRO. ¿Que si lo vió el coronel? Sí, y me dió la mano muy apretada.

ROBUST. *(Idem.)* ¡Pedro!

BARTOLO. Mal haya sea tu sordera. *(Le dá á entender por señas que lo llaman dentro.)*

PEDRO. Yá, que me llaman.

BARTOLO. Sí. *(Seña afirmativa.)*

PEDRO. Yá voy. Luégo se lo acabaré de contar. *(Se dirige hácia el foro.)*

BARTOLO. ¿A quién, á mí? Estás fresco; en acabándose la misa no me vuelves á pillar.

ESCENA VI.

DICHOS: ENRIQUE, saliendo por la puerta central del foro.

BARTOLO. Yá está otra vez aquí mi hombre.

PEDRO. *(Encontrándose con Enrique á la puerta de la hacienda.)* ¿Me llamaba usted?

ENRIQUE. *(Despreciándolo.)* Nó.

- PEDRO. *(Á Bartolo.)* ¿Qué ha dicho?
- BARTOLO. *(Á Pedro.)* Que nó. ¡Se ha incomodado!
- PEDRO. *(Á Enrique.)* No hay que incomodarse por eso, usted dispense. No tengo yo la culpa de no oír bien; que la tiene la gran detonacion de cañon que en tiempo de los franceses me lastimó el oído.
- ENRIQUE. Bien... bien.
- PEDRO. *(Á Bartolo.)* ¿Qué dice?
- BARTOLO. *(Á Pedro.)* Que la detonacion debia haberte reben-tado.
- PEDRO. ¿Que cuál fué el resultado...? *(Se dirige con prontitud á Enrique.)* Oiga y se lo contaré.
- ENRIQUE. *(Sujetándolo.)* ¡Dios mio! ¿por qué en vez de de-jarle sin oído no le dejaste sin lengua? *(Á Bartolo.)* Buen hombre, libreme usted de este posma ó no res-pon-do de mí.
- ROBUST. *(Dentro, pero fuerte y cerca.)* ¡Pedro!
- PEDRO. ¡Mi mujer! Voy á ver qué me quiere. Pronto vuelvo. *(Váse por la puerta central del foro.)*

ESCENA VII.

BARTOLO y ENRIQUE.

- ENRIQUE. ¡Gracias á Dios que se fué!
- BARTOLO. ¿Piensa usted estar muchos dias por aquí?
- ENRIQUE. ¿Por qué me hace usted esa pregunta?
- BARTOLO. Porque vá usted á tener tantas batallas de Ocaña como veces se encuentre con el sordo.
- ENRIQUE. ¡Nó, pues yo no estoy para aguantar majaderías!
- BARTOLO. ¿Qué es eso? ¿Le ha negado el coronel el permiso para cazar en el coto?
- ENRIQUE. ¿Qué permiso ni qué berenjena! ¡Yo no he venido á cazar!
- BARTOLO. Eso ya lo sabía yo.
- ENRIQUE. ¿Usted?
- BARTOLO. Sí señor, yó. ¿No es usted don Enrique Nuñez, ca-pitan de caballería, residente en Sevilla?
- ENRIQUE. El mismo. Pero usted ¿de qué me conoce?
- BARTOLO. ¡Toma! ¡Pues si yo soy el único confidente que tiene la señorita en la hacienda.
- ENRIQUE. ¿Usted?
- BARTOLO. Sí señor. Yo soy el que llevo al pueblo ciertas cartas dirigidas á usted y el que de vuelta suele traerse algunas otras con el sobre para la señorita. Desde ayer, por su encargo, le estaba aguardando.
- ENRIQUE. ¡Cuánto me alegro entónces de haberle encontrado tan á tiempo! Y bien, ¿qué me dice usted? ¿Con qué

medios podemos contar para llevar á cabo nuestra empresa?

BARTOLO. Eso corre de mi cuenta. Usted vea el modo de convencer á la señorita de que esté dispuesta á seguirle, que yo dispondré la manera de sacarla de la hacienda sin obstáculos de ningún género. *(Suenan las campanillas de un coche.)*

ENRIQUE. ¿Qué ruido es ese?

BARTOLO. Su rival de usted, que los dias de fiesta viene temprano, oye misa y almuerza con la familia. Si quiere usted quitarse de enmedio para que no le vean, éntrese en la ermita.

ENRIQUE. Nó: voy á entrar en la casa, pero en cuanto se acabe la misa nos iremos por esos montes á fin de evitar sospechas y trazaremos el plan para realizar nuestro objeto.

BARTOLO. Corriente. Después de la misa nos veremos. *(Vánse Enrique y Bartolo: el primero á la hacienda y el segundo á la ermita.)*

ESCENA VIII.

ROQUE y DAMIAN por la derecha, á poco BARTOLO.

ROQUE. Yá llegamos, señor. Á ver si está usted hoy más galante con la señorita. ¡Demonio! ¿Cómo quiere usted que le vaya tomando cariño, si no la dice una palabra?

DAMIAN. Roque, ¿si vieras la vergüenza que me dá tenerla que hablar con este defecto?

ROQUE. ¡Cá, señor! ¿No le he dicho á usted muchas veces que le hace gracia ese modo de hablar?

DAMIAN. *(Acometiéndole.)* ¿Tú tambien te vás á burlar de mí?

BARTOLO. *(Saliendo de la ermita.)* Buenos dias, señor don Damian; ¿parece que no viene usted hoy de muy buen humor?

DAMIAN. Este majadero que....

ROQUE. Señor, yo lo único que le he dicho, es que esté usted más expresivo con su novia, porque ayer estuvo dos horas largas á su lado y no le dijo una palabra; y si sigue así, el dia ménos pensado se presenta otro pretendiente más amable y carga con ella.

BARTOLO. Y que justamente acaba de llegar nada ménos que un novio que tuvo la señorita Lola en Sevilla, al cual quiere mucho.

ROQUE. ¡Yá pareció aquello! Bien se lo decía á usted, señorito.

(Medios cuento yo, pobre mujer indolente?)

- DAMIAN. ¡Lo voy á matar!
- BARTOLO. Mal medio.
- DAMIAN. ¿Por qué?
- BARTOLO. Porque es un capitán de caballería con cada puño como esa ermita.
- ROQUE. Pues entónces, señorito, ¿qué hacemos? Á ver, tú, que tienes buen talento, aconsejarnos lo que debemos hacer.
- BARTOLO. Robarla.
- DAMIAN. ¿Cómo robarla?
- BARTOLO. Sí, porque si no la roba usted esta noche, mañana se larga ella con su amante. Le quiere mucho, es muy guapo y tiene una labia....
- DAMIAN. Pues aún cuando yo no hable claro, no consentiré que nadie me la quite, *(Dirigiéndose hacia el foro.)*
- BARTOLO. ¡No se meta usted con él, que es hombre que debe aguantar poco!
- DAMIAN. ¡Lo veremos! *(Vase por la puerta central del foro.)*

ESCENA IX.

ROQUE y BARTOLO.

- ROQUE. ¡Pues está buena! ¿Qué te parece, Bartolo?
- BARTOLO. ¿Qué me ha de parecer! Que por no seguir tu amor mis consejos lo vá á echar á perder todo.
- ROQUE. ¿Y qué quieres que haga?
- BARTOLO. ¡Tómala! robarla. ¿No se lo he dicho ya?
- ROQUE. Y eso ¿es tan fácil como parece?
- BARTOLO. ¡Yá lo creo! y tan fácil. Aconsejale tú que siga mi opinión y luégo verás.

ESCENA X.

DICHOS y DAMIAN por la puerta central del foro.

- DAMIAN. Por no dar un escándalo he vuelto á salir.
- BARTOLO. ¿Pues qué ha pasado?
- DAMIAN. ¡Friolera! Entré y estaban los dos muy derretidos hablando, y en cuanto me vieron se echaron á reír.
- BARTOLO. ¿No se lo dije á usted?
- DAMIAN. ¡Pero les juro que se han de acordar de mí!
- BARTOLO. No se sulfure usted y escúcheme. Si quiere conseguir la mano de la señorita, no tiene más remedio que robarla.
- DAMIAN. Tienes razón. Pero ¿qué dirá de mí el coronel cuando se entere?
- BARTOLO. Diga lo que diga, no tendrá más remedio que casar

a su hija con usted para acallar las murmuraciones del público; y en cuanto á su novio, me parece que no ha de querer por esposa á la mujer que no ha tenido inconveniente en huir con otro hombre.

ROQUE. Bien pensado. ¡Eres un pozo de ciencia! ¡Al fin hombre de la Iglesia!

DAMIAN. Conforme. Pero ¿cómo vamos á realizar ese plan?

BARTOLO. Es muy sencillo. Traiga usted el coche sin campanillas detrás de la ermita á eso de las doce de la noche y ya hablaremos lo demás.

DAMIAN. Convenido.

BARTOLO. Sepáramonos, que ya viene la familia á misa. Hasta luego. *(Entran en la ermita.)*

ESCENA XI.

DICHOS, ROBUSTIANA, PEDRO, PANTALEON, ENRIQUE y algunos aldeanos, que saldrán por la puerta central del foro.

DAMIAN. Buenos días.

PANTALEON. Bien venido, señor don Damian.

DAMIAN. ¡Cómo! ¿y Lolita, no asiste á misa?

PANTALEON. No extrañe usted el no verla, pues está algo indispuesta.

DAMIAN. Lo siento mucho.

PANTALEON. A propósito: aprovecho esta ocasión para presentarle á usted á mi amigo D. Enrique Nuñez, capitán de caballería.

DAMIAN. Muy señor mío.

PANTALEON. Señor don Enrique, tengo el gusto de presentarle al señor don Damian, mi futuro yerno.

ENRIQUE. Tengo un verdadero placer en conocer á este caballero, y no dudo que á su lado será muy feliz su señora hija de usted.

DAMIAN. Muchas gracias.

PANTALEON. Ea, vamos á misa y no perdamos tiempo; no quiero hacer esperar al señor Cura. *(Entran en la ermita; menos Enrique, que después que hayan entrado todos, se dirige hacia el foro y aguarda la salida de Lola, que sale por la puerta central.)*

ESCENA XII.

ENRIQUE y LOLA.

ENRIQUE. Lola, es necesario que esto concluya; no podemos seguir de esta suerte.

LOLA. Tienes razón, Enrique; pero ¿qué hacer? ¿Con qué medios cuento yo, pobre mujer indefensa?

- ENRIQUE. ¡Ah! Es que me tienes á mí aquí, y no en vano te he entregado mi corazón. Tu padre....
- LOLA. Mi padre cree que, casándome con ese hombre, voy á ser dichosa, y es inútil cuanto hagamos.
- ENRIQUE. ¿Y he de dejarte así? He de consentir que ese hombre, á quien no amas, te esclavice haciéndote su mujer? ¡Jamás! Antes que eso, antes que renunciar á mi felicidad, le haré morder el polvo siete veces, ó perderé el nombre que llevo.
- LOLA. ¡Por Dios, Enrique, no te precipites promoviendo un escándalo que á nada conduciría! Reflexiona antes de tomar una determinación extrema.
- ENRIQUE. Pues bien, Lola. Trataré de explorar el ánimo de tu padre; le hablaré, mostrándole la verdad de lo que sucede; le suplicaré de rodillas si es preciso....
- LOLA. Y lo único que conseguirías hablándole á mi padre, sería empeorar nuestra situación.
- ENRIQUE. Entonces ¿he de resignarme á perderte? ¡Lola!
- LOLA. ¡Oh!
- ENRIQUE. No me amas, sí. No me amas cuando á un vano temor sacrificas mi felicidad. No me amas cuando pospones mi amor, mi vida entera, á un capricho de tu padre.
- LOLA. ¡Enrique!
- ENRIQUE. Sí; lamentate cuando me ves que vengo á salvarte y por toda recompensa me abandonas á mi desesperación: ¡y yo que creí serías capaz, por mi amor, de desafiar al mundo entero. ¡Lola! qué mal me correspondest! ¡Qué mal sabes apreciar la grandeza de mi cariño!
- LOLA. ¡Ah! no me insultes, Enrique: ¡no destroces mi alma diciéndome que no te quiero, cuando tú eres mi única esperanza! ¿Qué quieres de mí? Dime qué he de hacer y te obedeceré llena de alegría; pero no digas que no te amo.
- ENRIQUE. ¡Ángel de amor! perdóname si he podido un momento dudar de ti.
- LOLA. Nó, no temas, soy tuya siempre.
- ENRIQUE. Pues bien, sígueme: confía en mi honor y en mi cariño, y pronto, ante el mundo, podré llamarte mía.
- LOLA. ¿Cómo?
- ENRIQUE. Huyamos. Un sacerdote nos unirá para siempre, y después nos presentaremos á tu padre, que nos bendecirá, concediéndonos su perdón.
- LOLA. Bien, Enrique; sea. En tu palabra fio; á tu honor me entrego por completo.
- ENRIQUE. Pues bien. Esta noche.....

ESCENA XIII.

DICHOS, y DAMIAN saliendo de la ermita.

DAMIAN. ¡Me lo figuré!

LOLA. ¡Ah! *(Váse precipitadamente por la puerta central del foro.)*

ENRIQUE. Pues ya hace tiempo que debió usted habérselo figurado.

DAMIAN. Caballero, su conducta de usted es indigna.

ENRIQUE. Pero no es usted el que está llamado á calificarla, ni yo lo toleraré.

DAMIAN. Me dará usted una satisfaccion.

ENRIQUE. Y muy cumplida.

DAMIAN. Cuanto ántes mejor. Sígame usted.

ENRIQUE. Poco á poco, amiguito, no se sulfure tan pronto. Es necesario cubrir las apariencias para poner á salvo el honor de esa señorita.

DAMIAN. Es que estoy deseando arrancarle el corazon.

ENRIQUE. ¿Con qué? ¿con la lengua?

DAMIAN. *(Furioso.)* ¡Caballero!

ENRIQUE. Disimule usted, don Pantaleon sale. Yá nos entenderemos.

ESCENA XIV.

DICHOS, y todos los que entraron en la ermita, ménos BARTOLO, que saldrá á los pocos momentos de empezada la escena.

PANTAL. ¿Por qué se salió usted, don Damian?

DAMIAN. *(Hablando con trabajo á causa de su furor.)* Porque me dió un mareo.

ENRIQUE. Que yo le he curado. ¿No es así?

DAMIAN. Así es.

PANTAL. Como mi hija no estaba en la ermita, se le hacía á usted larga la misa.

DAMIAN. Sí, tal vez.

ENRIQUE. Pues no esté usted disgustado, que lo que tiene, segun he oido, es cosa corta.

PANTAL. Así es.

DAMIAN. Sí, yá lo sé.

PANTAL. Ahora la verá usted. Vamos, señores, á desayunarnos para en seguida adornar la cruz, puesto que son sus dias y tendrémos esta noche un ratito de broma. Deseo tambien obsequiar al señor don Enrique, yá que me lo recomienda uno de mis mejores amigos.

ENRIQUE. Mil gracias, señor don Pantaleon. *(En este momento debe salir Bartolo.)* A la noche tendré el gusto de

acompañar á ustedes. Como vengo al campo tan de tarde en tarde, deseo disfrutar de él todo lo más posible.

PANTAL. Lo comprendo; yo he sido muy aficionado, y hoy mi dolor es grande al pensar que no puedo acompañarle. Yo le daré á usted un guía que, aunque algo sor-do, conoce el terreno palmo á palmo y es incan-sable.

BARTOLO. *(Aparte.)* Cuando cuenta el ataque de Ocaña.

PANTAL. ¡Pedro, Pedro!

BARTOLO. *(Aparte.)* A la otra puerta. *(Le hace señas.)*

PEDRO. ¿Qué?

PANTAL. Acompaña á este caballero y llévalo á la cañada del Jabato.

PEDRO. ¿Eh?

PANTAL. ¿No te has enterado?

PEDRO. ¿Eh?

PANTAL. ¡Demonio, cada día vás oyendo ménos! Robustiana, díselo tú, yá que el único timbre de voz que pene-tra en su oído es el tuyo.

ROBUST. Dice el señor amo....

PEDRO. Sí.

ROBUST. Que acompañes á este caballero á la cañada del Jabato.

PEDRO. *(Con alegría.)* Con mucho gusto.

ROBUST. Y que lo lleves por buen sitio.

PEDRO. Al momento.

BARTOLO. *(Aparte.)* ¡Lo que hace el dormir juntos!

PEDRO. Vamos, caballero, vamos. Yo le prometo que se vá usted á divertir. Y luégo, en un ratito de descanso, le contaré la batalla de Ocaña; y cómo me gané la medalla de distincion de Tarancon, la de Bailen....

PANTAL. Yá está con su tema.

PEDRO. Y cuando ascendí á cabo segundo.

PANTAL. ¡Dáale!

PEDRO. Y cuando me dieron las cruces de Vitoria, de Ordaz, y la famosa del puente de Alcolea.

ROBUST. ¡Calla!

PEDRO. Y cuando de un solo tajo maté á dos franceses y.... ¿Me permite usted que vaya por mi fusil?

ENRIQUE. Sí. *(Seña afirmativa.)*

PEDRO. Vuelvo al momento. *(Váse por la puerta central del foro, saliendo á poco con el fusil y algun dis-tintivo de cazador.)*

PANTAL. No le haga usted caso.

ENRIQUE. Me agrada el oírle.

PANTAL. Es muy bueno, pero tiene esa mania; la dá de va-liente y siempre ha sido un valiente medroso.

- DAMIAN. Eso no tiene nada de particular: ¡conozco yo á tantos...! (*Sigue hablando con Pantaleon.*)
- ENRIQUE. (*Rápido á Bartolo.*) Y usted ¿no se viene con nosotros?
- BARTOLO. (*Idem.*) Ahora nó. Tengo que escribir dos cartas y darles direccion. Yo alcanzaré á ustedes.
- PEDRO. (*Saliendo.*) Vamos, que ya estoy listo.
- PANTAL. Pues no pierda usted tiempo. Hasta la noche.
- DAMIAN. Que pase usted un buen día.
- ENRIQUE. Así lo espero. Cuídeme mucho á su novia para que á mi vuelta esté más aliviada.
- DAMIAN. Pues á la vuelta nos veremos.
- ENRIQUE. (*Á Pedro.*) Vamos.
- PEDRO. (*Á media voz á Enrique.*) Arrímese á mí y por el camino le contaré la gran batalla de Ocaña.

ESCENA PRIMERA.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion: La cruz estará adornada con ramas, y alrededor de ella, imitando á la veneciana, farolillos de colores.—Aparecen LOLA, PANTALEON, ENRIQUE y DAMIAN sentados á la derecha.—ROBUSTIANA, PEDRO y BARTOLO delante de la ermita.—Aldeanos y criados de la hacienda detrás de la cruz.—Al levantarse el telon, algunos aldeanos estarán bailando, otros cantando.

ESCENA PRIMERA.

LOLA, PANTALEON, ENRIQUE, DAMIAN, ROBUSTIANA, PEDRO, BARTOLO y aldeanos.

ALDEANS. Aquí se vive,
aquí se goza
y se retoza
sin descansar.

Vida dichosa
la que nos damos
y no envidiamos
la capital.

TODOS. (Aplaudiendo.) ¡Bien, bien!

PANTAL. Ea, hijos míos, basta yá de fiesta; á dormir, que es tarde y mañana teneis que trabajar.

UN ALD. Otro ratito todavía, señor amo.

PANTAL. Nó, que empezaron ustedes á las cuatro y son las once de la noche.

UN ALD. Pues que Pedro nos cuente algo y nos iremos.

TODOS. Si, sí.

BARTOLO. Pero que no sea el ataque de Ocaña.

PANTAL. Vamos, Robustiana, dile á tu marido que cuente alguna cosa; pero que sea breve.

- ROBUST. Dice el amo que cuentes alguna cosa.
PEDRO. Con mucho gusto. *(Se levanta, coloca la silla en el centro de la escena, saluda á todos y se sienta. Pausa. Gran silencio.)* Era el 19 de Noviembre del año 1809. Estábamos 70,000 hombres en Ocaña....
- BARTOLO. ¡Yá pareció aquello!
TODOS. Nó, nó: eso nó.
ROBUST. *(Levantándose incómoda.)* Nó, hombre, eso nó. Cuenta otra cosa más moderna. Esa yá no vale nada.
- PEDRO. *(Incómodo.)* ¿Cómo que no vale nada, cuando de su resultas me he quedado sordo para miétras viva?
- ROBUST. Bien, pero si eso lo sabemos de memoria; lo tenemos hasta olvidado.
- PEDRO. ¡Pues yo bien presente lo tengo!
PANTAL. Dile que cuente otra cosa ó se quite del medio.
- ROBUST. Anda, que el amo se ha incomodado.
- PEDRO. Mal hecho, pues bien sabe él que es muy digno de contarse y de que lo conserve la historia con letras de oro. Pero puesto que no quieren oír la batalla de Ocaña les contaré otra cosa.
- TODOS. Sí, sí. *(Pequeña pausa.)*
- PEDRO. Les contaré cuando de un solo tajo maté á dos franceses.
- TODOS. Nó: *(Murmullos.)*
- PEDRO. Ó cuando me dieron la cruz de Vitoria.
- PANTAL. *(A Robustiana.)* Mira, dile que se calle, que está chocheando.
- PEDRO. ¿Que sí? ¿Que lo cuente?
- ROBUST. Que te calles, que estás muy jaquecoso.
- PEDRO. *(Levantándose incómodo.)* ¿Que estoy haciendo el oso? Nó, pues yo no hago el oso en ninguna parte. *(Se vuelve á su sitio.)*
- UN ALD. Nuestro amo, yá que Pedro no nos ha querido contar nada, que el señorito don Damian nos diga alguna de esas relaciones tan bonitas que sabe.
- TODOS. Sí, sí.
- DAMIAN. No tengo el humor para relaciones; otro día.
- TODOS. Nó, nó: que la diga.
- PANTAL. Vamos, don Damian, déles usted gusto.
- DAMIAN. ¡Si no me acuerdo de nada!
- ENRIQUE. Ande usted, amigo mio. Lolita tendrá un gran placer en escucharle.
- LOLA. Como que es un actor consumado.
- DAMIAN. Gracias, gracias. En fin, pues no hay otro remedio, oigan ustedes. *(Levantándose y tomando una actitud dramática.)*
- ROBUST. *(A Pedro.)* El señorito vá á representar.
- PEDRO. ¿Sí? Me gusta mucho.

BARTOLO. *(Aparte).* Dice que le gusta y no oye una palabra.

DAMIAN. *(Declamando.)*
«Si Edelmira me hiciese el menosprecio
de entregar la diadema á mi contrario....»

PEDRO. ¿Ha empezado yá?

ROBUST. Sí, calla.

DAMIAN. «¡Infeliz...! ¡infeliz...! más le valiera
perecer en los climas africanos.»

PEDRO. *(Aplaudiendo.)* Bien, bien.

ROBUST. ¡Calla!

PEDRO. ¡Si me gusta mucho!

ENRIQUE. ¿Y á quién no le gusta el señor don Damian decla-
mando? Se conoce que siente lo que dice.

LOLA. Nadie diría sino que es el mismo Otelo.

DAMIAN. Gracias, gracias.

ENRIQUE. Prosiga usted, amigo mio.

DAMIAN. No me es posible por esta noche.

PANTAL. Pues entónces no molestaremos á usted más. *(Levan-
tándose.)* Ea, muchachos, cada mochuelo á su olivo.

ROBUST. Vamos, muchachos. Metan ustedes estas sillas en la
casa y á dormir.

PANTAL. Buenas noches, señores.

TODOS. Buenas noches, buenas noches.

*(Se ván todos. Lola, Robustiana, Pantaleon, Enri-
que, Pedro, Damian y criados de la hacienda se
entran en ella. Los aldeanos se ván por la derecha.
Bartolo entretanto apaga todos los farolillos de co-
lores, quedando sólo encendido uno de cristal, que
estará pendiente de un pescante al pié de la cruz.)*

ESCENA II.

BARTOLO.

Dejemos esto lo más oscuro posible para que mi
famoso plan dé el resultado apetecido. Yá se acer-
ca la hora y no hay que perder un momento. ¿Qué
efecto habrán producido mis cartas? Ello dirá.

ESCENA III.

BARTOLO: DAMIAN por la puerta central del foro.

DAMIAN. Estoy sofocado. Bien se han burlado de mí.

BARTOLO. Pero en cambio, dentro de poco usted se burlará de
todos ellos, llevándose á la señorita.

DAMIAN. Pues si no fuera por esa confianza que tengo, ¿crees
tú que me hubiera contenido?

BARTOLO. Asi lo creo. Ea, vaya usted por la gente, que las doce no pueden tardar.

DAMIAN. No me haré esperar mucho. (*Váse por la derecha.*)

BARTOLO. Hasta luego.

ESCENA IV.

BARTOLO: ENRIQUE por la puerta central del foro.

ENRIQUE. (*Siseando bajito.*) ¡Sch! ¡Sch!

BARTOLO. ¿Quién anda ahí?

ENRIQUE. Soy yo. ¿Qué aguardamos?

BARTOLO. Que nos traigan el carruaje y sea la hora convenida.

ENRIQUE. Es que los momentos me parecen siglos.

BARTOLO. No tenga usted impaciencia, que ya pocos faltan.

ENRIQUE. ¿Sabes lo que estoy pensando? Que si á la hora de llevarnos á Lola han de estar aquí, segun me has dicho, don Damian y su gente, nos impedirán la fuga.

BARTOLO. Veo que no ha comprendido usted una palabra de mi plan.

ENRIQUE. Explicate.

BARTOLO. Es muy sencillo. Con las cartas que les he escrito á don Pantaleon y á Robustiana dándoles cuenta del rapto y de otras cosas, tomarán sus medidas para evitarlo. Llegada la hora, y encontrándose aquí á don Damian y sus criados, los tomarán por los raptos y se armará un escándalo mayúsculo. Entre tanto nos largamos nosotros sin que nadie nos lo impida.

ENRIQUE. No está mal pensado. ¿Qué debo yo hacer?

BARTOLO. Escóndase en la ermita hasta el momento de ir por ella.

ENRIQUE. Convenido. ¿Y Lola sabe lo que tenemos pactado?

BARTOLO. Ya está enterada de todo y conforme. Ahora retírese usted, que me parece que alguien se acerca.

ENRIQUE. Pues hasta luego. (*Entra en la ermita.*)

ESCENA V.

BARTOLO, y ROQUE por la derecha.

ROQUE. (*Á media voz.*) ¡Bartolo!

BARTOLO. Hola, ¿estás ahí?

ROQUE. Sí, aquí estoy.

BARTOLO. ¿Traes el carruaje como te dije?

ROQUE. Sí, viene sin campanillas ni...

BARTOLO. Bueno, ¿y dónde lo tienes?

ROQUE. En la alamedilla.

BARTOLO. Lo colocaremos á espaldas de la ermita.

ROQUE. Vamos. (*Vánse por la derecha.*)

ESCENA VI.

PANTALEON, saliendo por la puerta central del foro, y trayendo por la mano á PEDRO.

PANTAL. Te traigo aquí para confiarte un secreto del que quiero no se entere nadie, pues está mi honor por medio. ¿Entiendes?

PEDRO. Más alto.

PANTAL. ¿Más alto? ¡Demonio con tu sorderal! Y es el caso que á nadie me atrevo á confiarle mi deshonor más que á éste, que es tan leal, y que no ha de decir una palabra.

PEDRO. Hable usted, señor, un poco más alto.

PANTAL. ¡Calla! No metas ruido. Le daré á leer la carta y por ella comprenderá mi deseo. *(Lo lleva á la luz del farol y le dá la carta.)*

PEDRO. *(Leyendo.)* «Señor don Pantaleon Bravo: una persona que le debe á usted varios favores ha llegado á entender que cierto caballero que frecuenta su casa y que está enamorado de su hija, está dispuesto á robarla esta noche, para lo cual se halla en combinacion con algunas personas de la hacienda. La señal serán tres palmadas. Usted hará de esta revelacion el uso que tenga por conveniente.»

PANTAL. *(Quitándole la carta.)* ¡Infame!

PEDRO. Esto no es posible.

PANTAL. Pero ¿quién podrá ser el raptor? Don Damian es el único que con más frecuencia visita mi casa, y ese tiene mi consentimiento para casarse con Lola.

PEDRO. ¿Y no sospecha usted quién podrá ser el atrevido?

PANTAL. No caigo. *(Accion.)*

PEDRO. Apuesto á que es don Damian.

PANTAL. ¡Qué disparate!

PEDRO. No hay duda; jamás me ha entrado de los dientes para adentro ese hombre. Crea usted, mi coronel, que es el único señor á quien nunca le he entendido lo que habla.

PANTAL. En fin, sea quien sea, vigila y toma. *(Saca dos pistolas y le dá una á Pedro.)*

PEDRO. Bien, mi coronel; una para cada uno. Descuide usted, yo lo escarmentaré y le enseñaré á respetar á los veteranos de la guerra de la Independencia.

PANTAL. Sí. ¿Me has entendido?

PEDRO. Yo lo cojeré y pagará bien cara su locura. Le aseguro á usted que ni un mosquito me ha de entrar por esas puertas.

PANTAL. Si ves á alguien, ántes de permitir se acerque á alguna de ellas, ábrele en canal.

PEDRO. ¡Qué! ¿Se vá usted á acostar...? Bien hecho: váyase tranquilo, que el que queda aquí es todo un hombre... Nada, nada; recójase usted, que para ese mequetrefe basto yo solo, y áun cuando viniera un regimiento. Soy yo mucho hombre. Bien, que usted me conoce y me ha visto muchas veces pelear.

PANTAL. Sí, te he visto huir muchas veces. No te muevas de aquí, que yo voy á observar. (*Váse por la puerta central del foro.*)

ESCENA VII.

PEDRO.

Si cada vez que lo pienso se me abren las carnes. Pero ¿con quién de la casa estará en connivencia ese caballerito? No hay duda; con la señorita Lola debe ser. Pues qué ¿no hay más que robar á una doncella contra su voluntad? Digan lo que digan, lo que es ella fué siempre algo coqueta y desenvuelta.... Las mujeres que saben mucho.... ¡jum.... reniego de ellas. Las que nada saben.... Bien, que en el siglo en que vivimos todas han aprendido lo bastante para dársela al más pintado. Las mujeres de mi tiempo han desaparecido.... ¡Bueno anda el mundo! Voy por mi fusil, que vale más que todas estas monerías, que sólo sirven para espantar moscas. (*Váse por la puerta central del foro.*)

ESCENA VIII.

BARTOLO y ROQUE, por la izquierda.

BARTOLO. Ea, mucho sigilo. Reúnete con tu amo y estén ustedes prontos á la hora. Dile que no olvide las tres palmas.

ROQUE. Corriente; se lo recordaré. (*Váse por la derecha.*)

ESCENA IX.

BARTOLO, y á poco ENRIQUE.

BARTOLO. Bravo; todo me vá saliendo á pedir de boca. Ahora vamos por don Enrique. (*Se dirige á la ermita.*) Salga usted, que ya es la hora.

ENRIQUE. (*Saliendo.*) Vamos. (*Vánse por la izquierda.*)

ESCENA X.

PEDRO, con el fusil y el sable.

Aquí lo traigo tal cual lo usé en la batalla de Ocaña; y hoy lo tengo tan bien enseñado, que hasta los pájaros mueren al oír su voz. Me esconderé en el portal de la ermita y desde allí observaré. Reconozcamos el terreno, que el buen militar ha de ser precavido. ¡Hola! ¡La puerta de la ermita abierta! Mucho descuido tiene el amigo Bartolo; ¡y hoy que le quitan las pestañas á los santos ántes que pestañeen! *(Cierra la puerta.)* ¡Ajá! yá está cerrada. Por la retaguardia yá no hay que temer: observemos por vanguardia.

ESCENA XI.

DICHO, y ROBUSTIANA por la puerta lateral del foro.

ROBUST. *(Saliendo con sigilo.)* Me ha metido en cuidado el tal billete. *(Como recordando.)* «En punto de las doce estará usted en el postigo que conduce al leñero, y desde allí verá á su marido hablando con la Perejona. Tres palmadas son la señal de la cita.» Mire usted mi esposo, que tan dormilon es, y no tiene inconveniente en dejar la cama á las doce de la noche. ¿En dónde se habrá metido?

PEDRO. *(Saliendo del portal y apuntando con el fusil á Robustiana.)* Alto, ¿quién vá allá?

ROBUST. ¿Qué haces aquí á estas horas?

PEDRO. Lo que me dá la gana. Márchese, señora Robustiana, á dormir, y no se mezcle en mis asuntos.

ROBUST. Y tú ¿por qué no te acuestas?

PEDRO. Porque tengo mucho calor.

ROBUST. *(Con ironía.)* Y vienes aquí á refrescarte ¿eh?

PEDRO. Ó á otra cosa. ¿Á tí qué te importa?

ROBUST. ¿Cómo que no me importa? Pues qué ¿me he casado yo para que mi marido ande á las doce de la noche por esos campos buscando aventuras?

PEDRO. *(Aparte.)* Esta lo vá á echar todo á perder. *(Alto.)* Vaya, márchese ó le pego un tiro que la desbarato.

ROBUST. Pero ¿qué mil demonios tienes que hacer aquí?

PEDRO. No admito réplica. ¡Fuera! *(Echándose el fusil á la cara. Robustiana se retira. Retirando el fusil.)* El demonio de la mujer....

ROBUST. *(Volviéndose hácia Pedro.)* Pero hombre....

PEDRO. *(Volviendo á echarse el fusil á la cara y diciendo con gran entonación.) ¡Fuera!*

ROBUST. *(Marchándose asustada.) ¡Ay! Nó, pues yo no te he de perder de vista. Me esconderé tras de la puerta. (Se oculta.)*

PEDRO. ¡Demonio de mujer! Nó, pues como asome por aquí otra vez, no le vá á quedar una costilla sana. Volvamos á la garita. *(Entrando en el portal.)* Estoy pensando, que más vale que don Damian no asome por aquí las narices, porque le voy á dar un tajo mayor que el que le dí á mis dos franceses. ¡Sobberbia cuchillada! Estaban los dos tan dormiditos, con las cabezas tan unidas, cuando... ¡zás! allí se quedaron. ¡Me parece que los estoy viendo! ¡Canario! Siento una cosa por el cuerpo cuando me acuerdo, que... Pero lo primero es la obligación. *(Observando.)* Juraría que he visto unos bultos sospechosos hácia aquel lado. Veamos. *(Se vá con cuidado por la derecha, junto á la casa, apuntando con el fusil.)*

ESCENA XII.

DAMIAN, ROQUE y mozos saliendo con mucha precaucion por la derecha, primer bastidor. Á poco PANTALEON y criados asomados á la puerta central de la hacienda.—ROBUSTIANA, saliendo por la de la izquierda.

DAMIAN. Atencion, que yá es la hora. Roque, apaga ese farol.

ROQUE. *(Apagando el farolillo de la cruz.)* Yá está. *(Á los mozos.)* Que estén listos esos garrotes por lo que pueda suceder. *(A Damian.)* Dé usted la señal. *(Damian dá las tres palmadas con un pequeño intervalo de una á otra, á cuyo ruido saldrá Pantaleon y sus criados armados de garrotes muy despacio y silenciosamente. Robustiana sale por la puerta indicada, izquierda, momentos ántes, viniéndose un poco hácia el centro de la escena.)*

PANTAL. *(Contando las palmadas.)* Una, dos, tres. Ellos son.

ROBUST. Esa es la señal.

ROQUE. *(A Damian.)* Señor, allí hay un bulto y creo que es una mujer.

DAMIAN. Pues al coche con ella. *(Roque se adelanta, coje á Robustiana y huye con ella por la izquierda tapándole la boca.)*

ROBUST. ¡Ay! ¡Socorro! *(Vánse por la izquierda.—Damian y los suyos tratan de seguir á Roque, mas Pantaleon y sus criados se les interponen.)*

PANTAL. ¡Miserable! *(Dispara la pistola.)*

DAMIAN. Perdidos somos. Firme, muchachos.

PANTAL. ¡Pedro! ¡Pedro! ¡que se la llevan! ¡á ellos! (Al disparar la pistola Pantaleon empieza una lucha á palos entre los dos bandos, desapareciendo todos por la derecha.)

ESCENA XIII.

LOLA, ENRIQUE y BARTOLO saliendo por la puerta lateral derecha.
Este último llevará una maleta grande sobre el hombro.

BARTOLO. Yá está el campo libre.

ENRIQUE. Huyamos. (Vánse por la izquierda, primer bastidor, por delante de la ermita.)

ESCENA XIV.

PEDRO, saliendo por la izquierda hácia el foro, despacio y cautelosamente. Viene mirando á todos lados con el fusil á bayoneta calada en una mano y el sable desenvainado en la otra.

Me pareció haber visto unos bultos y me he equivocado: le he dado la vuelta á la casa y no suena ni una mosca. Y eso que yo siento crecer la yerba. (Observando.) Nada: todo está en silencio. (Examinando el sable y la bayoneta.) Ni el más leve ruido. Volvamos á la garita. (Dirigiéndose al portal de la ermita.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Departamento de una fonda, con tres puertas; una á cada lado, numeradas, y otra al fondo que será la de entrada. Completa la escena un velador y sillas.

ESCENA PRIMERA.

LOLA, ROBUSTIANA, ENRIQUE y BARTOLO.

BARTOLO. ¡Valiente noche hemos pasado!

LOLA. De mí sé decir que no he podido pegar los ojos en toda ella.

ENRIQUE. Pero al fin hemos conseguido nuestro deseo, y hoy mismo podré llamarte mía á la faz del mundo entero.

LOLA. Cierto, pero ¿y mi padre?

ENRIQUE. Tu padre nos otorgará su perdon cuando nos vea casados.

LOLA. Es la única esperanza que mantiene mi abatido espíritu.

BARTOLO. Y nó sin fundamento. Su padre de usted la ha querido siempre mucho, y no hay duda en que, si tenía el empeño de casarla con don Damian, era porque ignoraba sus relaciones con don Enrique. Pero ¿qué habrá pasado en la hacienda durante nuestra ausencia?

ENRIQUE. Ya lo sabremos y no ha de tardar mucho. Pero usted, señora Robustiana, que gracias á que á tiempo conoció Roque su equivocacion, está con nosotros, ¿por qué permanece tan triste?

ROBUST. ¿Qué quiere usted que tenga? Sin contar la mala no-

- che, no dejo de acordarme de mi pobre Pedro. ¿Qué cara pondría cuando se encontró con que yo había desaparecido de la hacienda?
- BARTOLO. Ya la pondrá mejor cuando vuelva á encontrarla.
- ROBUST. Mal conoce usted á Pedro, señor Bartolo. Lo ménos que cree á estas horas es que yo he tenido parte en el raptó de la señorita.
- LOLA. Descuida, que con cuatro palabras que yo le diga se quedará tan convencido.
- BARTOLO. Don Enrique, lo que importa es terminar este asunto á fin de que cuanto ántes podamos presentarnos al señor coronel.
- LOLA. Sí. Miéntas más pronto nos una un sacerdote, más tranquila estaré y ménos murmurará el mundo de nosotros.
- ENRIQUE. Pues voy á avisarle al Capellan de mi regimiento y á algunos amigos que yá están enterados de lo que pasa, y dentro de un cuarto de hora terminará nuestro afán. Adios.
- LOLA. No tardes, Enrique.
- ENRIQUE. Pronto estoy de vuelta. *(Vése por el foro.)*

ESCENA II.

LOLA, ROBUSTIANA y BARTOLO.

- BARTOLO. No descansa mi espíritu hasta que no la vea á usted unida á don Enrique y perdonada por su padre.
- LOLA. Pues calcula tú lo que estará sufriendo mi corazón.
- ROBUST. Y á mí, ¿quién me reconcilia con mi marido? ¡Maldita carta! No quisiera más que conocer al autor de ella para sacarle los ojos.
- BARTOLO. Pues con esa recomendacion me parece imposible que llegue usted á encontrarle nunca.
- LOLA. No te apures, Robustiana; peor es mi situacion que la tuya, y espero salir bien de ella. Vamos á prepararnos para que cuando vuelva Enrique no le hagamos esperar.
- PEDRO. *(Dentro.)* ¡Mozo! ¡mozo!
- LOLA. ¡Jesus!
- BARTOLO. ¡Pedro!
- ROBUST. ¡Mi marido!
- (A un tiempo.)*
- Entran con precipitacion por la puerta derecha, quedándose Robustiana para la última. Pedro la ve entrar.)*

ESCENA III.

PEDRO, saliendo por el fondo en traje de veterano, con el sable y multitud de condecoraciones: debajo del brazo traerá una trompeta grande de lata, metida en una funda. Al ver á Robustiana corre hácia ella; ésta cerrará la puerta con precipitación. A poco el CAMARERO.

PEDRO. *(Mirando por la cerradura.)* ¡Calla! Aquí hay gato. Esa mujer huye de mí; es prueba que me conoce y no quiere que la vea.

CAMAR. *(Saliendo.—El actor que se encargue del desempeño de este personaje lo hará con la mayor viveza posible, y siempre que éntre ó salga en escena será corriendo.)* ¿Quién será este curioso? ¿Qué se ofrece? ¡Eh! ¡señor militar! ¡caballero! No contesta. ¿Qué quiere usted?

PEDRO. Aquí hay gato encerrado.

CAMAR. Caballero, ¿busca usted algo?

PEDRO. Nó, pues quien quiera que sea lo he de ver. *(Volviéndose y reparando en el camarero.)* ¿Es usted de la casa?

CAMAR. Sí señor.

PEDRO. ¿Que sí?

CAMAR. Sí. *(Seña afirmativa.)*

PEDRO. ¿Hay muchas habitaciones ocupadas?

CAMAR. ¿Y á usted qué le importa? Le diré las que hay desocupadas por si le acomoda alguna.

PEDRO. Mira, hálbame con este instrumento, porque soy un poco tardo de oído. *(Saca la trompeta de la funda.)*

CAMAR. Ya me pareció á mí. Pregunte usted.

PEDRO. ¿Qué dices? Anda, con el instrumento verás qué bien te oigo.

CAMAR. *(Con la trompeta.)* Que me pregunte usted.

PEDRO. Al momento. ¿Cuántos huéspedes hay en la casa?

CAMAR. *(Idem.)* No lo sé á punto fijo.

PEDRO. Pues me precisa saberlo.

CAMAR. ¿Es usted empleado de policía?

PEDRO. Nó de la que tú crees, pero sí de la doméstica.

CAMAR. *(Idem.)* Le advierto á usted que yo no soy doméstico, que soy camarero.

PEDRO. Sí, hombre; si yo sé bien el puesto que ocupas en esta casa. Digo doméstico, porque trato de descubrir un asunto correspondiente á mi familia, á mi propia mujer.

CAMAR. *(Idem.)* Bien, ¿y qué trata usted de saber?

PEDRO. Los huéspedes que hay en la casa. Yo te regalaré, ¡porque puedo hacerlo! Pues además de mis ahorri-

- llos, mi amo, el coronel, el rey de los veteranos de la Independencia, me ha dado dinero para que pueda lograr mi objeto con más facilidad. ¿Comprendes?
- CAMAR. Se lo diré; pero no vaya usted á creer lo hago por interés.
- PEDRO. Habla.
- CAMAR. Número uno de este departamento....
- PEDRO. Sí.
- CAMAR. Ocupado por dos señoras y dos caballeros.
- PEDRO. ¿Matrimonios?
- CAMAR. ¡Qué sé yo! Los cuatro están juntos.
- PEDRO. ¿Que duermen juntos los cuatro? ¡Qué barbaridad! ¡Buenas cosas se ven en el día! Conque dos señoras y dos caballeros.... Dime, una de esas señoras ¿es muy gorda?
- CAMAR. Sí. *(Seña afirmativa.)*
- PEDRO. ¿Muy gorda?
- CAMAR. Sí. *(Idem.)*
- PEDRO. ¿Sabes cómo se llama?
- CAMAR. Sí, mas no lo recuerdo ahora.
- PEDRO. ¡Hum! ¡qué sofocado estoy! Y con razon; porque después de derramar mi sangre y mis oídos por mi rey y por mi patria, ahora estoy derramando veneno y bilis por causa de mi muy... púdica mujer! ¡Ay! Mejor me quisiera hallar otra vez en la batalla de Ocaña, aunque me dejarán sin orejas, que no pasar lo que estoy pasando. ¡Robustiana! ¡Robustiana!
- CAMAR. Ese es el nombre de la gorda.
- PEDRO. ¿Qué ese es su nombre? ¡Cuando dije que aquí había gatos! Y no son gatos, que son gatas. ¿Con que se llama Robustiana?
- CAMAR. Sí. *(Seña afirmativa.)*
- PEDRO. Pues esa fué en un tiempo mi casta Susana y ahora es mi perversa mujer.
- CAMAR. ¡Demonio! Y ¿cómo se encuentra con otro hombre?
- PEDRO. Hé ahí el misterio que yo marido trato de averiguar. *(Coje la mesa y la coloca delante de la habitación de Robustiana.)* Mira, tráeme aquí mismo una botella de vino, del mejor que tengas, que nos la vamos á beber mano á mano, por el descubrimiento.
- CAMAR. Se la traeré, pero....
- PEDRO. *(Quitándole la trompeta.)* Mira, suelta yá esa trompeta, pues con lo que me acabas de decir se me ha aclarado el oído. *(Procúrese en adelante hablar á Pedro en alta voz.)*
- CAMAR. Digo que á mí no me es permitido beber aquí.
- PEDRO. Pues yo no puedo beber en otra parte. Ve por ella.
- CAMAR. Corriente. *(Váse por el fondo.)*

ESCENA IV.

PEDRO, y á poco el camarero, que entrará y saldrá de la escena segun lo pida el diálogo.

PEDRO. Quiero celebrar el hallazgo de mi mujer. No tiene comparacion el sablazo que le di á mis dos franceses cuando los cogí durmiendo, con el que le voy á dar á mi Robustiana como se haya resbalado en algo con alguno de los prójimos que están dentro de ese cuarto. ¿Mi Robustiana dije? He dicho mal. No puede ser mia la mujer que se marcha de su casa con otro hombre. Nunca debe unirse á ella el veterano que peleó como un leon en la batalla de Ocaña.

CAMAR. *(Saliendo por el foro con una botella y una copa.)* Aquí está esto.

PEDRO. Hola, ¿estás yá ahí? Pónla aquí y tráeme tintero, papel y pluma.

CAMAR. *(Coloca la botella y la copa en el velador.)* Al momento. *(Váse.)*

PEDRO. Voy á escribirle á mi coronel participándole el hallazgo de mi mujer. Yá atrapamos á ésta ó á éstos, porque son cuatro. ¿Quiénes serán? Bebamos un trago *(Llena la copa)* á la salud del estacazo que vá á llevar el primero que asóme por esta puerta las narices. *(Bebe.)* ¡Ajá!

CAMAR. *(Saliendo con tintero, papel y pluma.)* Aquí está el papel, pluma y tintero.

PEDRO. Gracias; eres todo un hombre muy ágil. Mira, yo era muy posma, ¡muy posma! pero desde que mi mujer se salió de mi casa para tomar... el fresco, ¿comprendes? me he vuelto muy vivo y hasta se me ha aclarado el oido. No hay nada que avive tanto á un hombre como el que su propia mujer se salga á la calle á tomar el aire. Vaya, hombre, toma un trago. *(Llenándole la copa.)*

CAMAR. No. *(Seña negativa.)*

PEDRO. Anda, que ahora nadie te vé; tómalo y vete.

CAMAR. Sea. *(Bebe.)* Gracias. ¿Quiere usted algo más?

PEDRO. No.

CAMAR. Pues llámeme usted si se le ocurre algo. *(Váse por el foro.)*

PEDRO. Este muchacho es muy listo y merece una buena propina. Vamos á escribirle al coronel. *(Se sienta á escribir frente á la puerta en que está Robustiana.)* «Al señor D. Pantaleon Bravo.» *(Siguiendo escribiendo.)*

ESCENA V.

PEDRO, escribiendo: DAMIAN, ROQUE y el CAMARERO por el foro sin reparar en Pedro.

CAMAR. Adelante. El número dos está desocupado.

DAMIAN. Está bien. *(Entrando por la izquierda.)*

CAMAR. ¿Quieren ustedes algo más?

ROQUE. Sí; que preparen al momento el almuerzo, porque mi amo y yo tenemos que salir. *(Entran.)*

CAMAR. Está bien. *(Váse por el foro.)*

ESCENA VI.

PEDRO.

Creo que en cuanto lea el coronel esta carta, viene al momento. *(Leyendo.)* «Señor don Pantaleon Bravo, coronel retirado: Habiendo sido descubierto el paradero de doña Robustiana (la que fué mi mujer) y tres cómplices que la acompañan, y á quienes no conozco, lo pongo en conocimiento de usía para que al punto venga y los copemos. Es cuanto ha adelantado en esta última avanzada su asistente que fué, y hoy su criado y servidor, Pedro Quiñones, caballero, cabo segundo condecorado con las cruces de Vitoria, de Ordaz y la del Puente de Alcolea, y las medallas de distincion de Tarancon,» *(declamando)* y la de Bailen tambien. *(Mirándose el pecho.)* Y no me he acordado de poner estas otras. No le hace; él sabe que fueron bien ganadas y que las ostento con harta justicia en mi pecho. Voy á doblarla y á ponerle el sobre. *(Lo hace.)*

ESCENA VII.

PEDRO, escribiendo: ENRIQUE, entrando por el foro, sin reparar en Pedro: á poco el CAMARERO.

ENRIQUE. ¡Pues no me ha costado poco poder reunir al Capellan y mis compañeros! Mucho quiero á Lola, pero bien caro me cuesta. ¡Cuidado si son subidos los derechos que lleva la curia eclesiástica para poder vivir libre de pecado! Gracias á que esto no se hace más que una vez en la vida, que si nó, ¡dios, paga de capitán! Por fin, vamos por Lola y terminemos este asunto. *(Reparando en Pedro.)* Mas ¿qué veo?

PEDRO. (*Volviéndose.*) ¡Mozo! ¡mozo! Hola, caballero....

ENRIQUE. ¡Jesus! ¡el sordo! ¡Cayóse la casa acuestas!

CAMAR. (*Saliendo.*) ¿Quién llamaba?

PEDRO. Mira, lleva esta carta á su destino. Escucha, entérate bien y no te vengas sin el que dice el sobre. (*Le-
yendo.*) «Al señor don Pantaleon Bravo, coronel
retirado del tiempo de la guerra de la Independencia.
En la fonda de París, que está en la plaza de la
Magdalena. Urgente.» (*Declamando.*) Por estas se-
ñas ¿la sabrás llevar?

CAMAR. Si. (*Seña afirmativa.*)

PEDRO. (*Dándosela.*) Pues al momento. (*Váse el Camarero
por el foro.*)

ESCENA VIII.

PEDRO y ENRIQUE.

PEDRO. ¿Qué se trae por aquí? Yá se habrá usted enterado de lo que pasó anoche en la hacienda después que volvimos de nuestra cacería.

ENRIQUE. (*Aparte.*) Este no sabe que yo he sido el héroe de la funcion.

PEDRO. Pues nos robaron nada ménos que todas las mujeres que teníamos en casa. ¡Digo nos robaron! No sabemos si ellas se irian por su voluntad. Pero yo les vengo siguiendo la pista y no tardarán en caer bajo mi poder. Por lo pronto yá he encontrado á cuatro.

ENRIQUE. ¿Á cuatro? Y ¿dónde están?

PEDRO. En ese cuarto.

ENRIQUE. (*Aparte.*) Ahora sí que se lo llevó todo el demonio. (*Á Pedro.*) ¿Y quién te lo ha dicho?

PEDRO. ¿Que quién me lo ha dicho? El camarero.

ENRIQUE. Pero ¿quiénes son esos cuatro?

PEDRO. Dos machos y dos hembras. Esa habitacion es un arca de Noé; hay de todo. Pero verá usted de lo que les sirve el arca cuando yo empiece el diluvio. (*Mostrando el sable.*) Mire usted la barricada que tengo delante de la puerta; yo no pienso moverme de aquí. Una de las que están ahí encerradas es mi mujer; es decir, la que era mi mujer. No consentiré que se les traiga ni un vaso de agua, para lo cual está aquí el mismo sable que le sirvió á mis dos franceses. Yá ve usted, don Enrique; no tomando alimento alguno vendrá el hambre y con ella la capitulacion. Entónces impondré yo mis condiciones.

ENRIQUE. (*Aparte.*) ¡Pues estoy fresco si tengo que esperar

- todo ese tiempo! ¡Y los otros que nos están aguardando! ¿Cómo saco yo de ese cuarto á Lola mientras esté aquí este majadero?
- PEDRO. ¿Qué le parece á usted mi plan de campaña?
- ENRIQUE. Muy mal.
- PEDRO. ¿Por qué?
- ENRIQUE. Porque á nadie le está permitido tomarse la justicia por su mano, y si la policía se entera, quien lo vá á pasar mal eres tú.
- PEDRO. Es que la policía no ha encontrado nada y yo ya he encontrado á mi mujer. Y sabe Dios quiénes serán los tres que están con mi costilla.
- ENRIQUE. Pero si te se escapan tienes doble cargo con ella y vás á tener que sentir.
- PEDRO. La verdad es que con la policía no quiero nada.
- ENRIQUE. Anda, avísale; mientras me quedo yo aquí. ¿Qué determinas?
- PEDRO. *(Pequeña pausa.)* Que voy á avisarla.
- ENRIQUE. Marcha descuidado.
- PEDRO. ¿Se le escaparán á usted?
- ENRIQUE. ¡Qué se me han de escapar!
- PEDRO. Pues ahí le dejo. *(Váse y vuelve.)* ¡Ah! Tome usted un sable que pelea solo. *(Dándosele y marchándose hácia el foro.)*
- ENRIQUE. Anda con Dios.
- PEDRO. *(Volviendo.)* Mucho ojo, y acuérdesse usted que á mí, ¡á mil me la dieron. *(Váse por el foro.)*

ESCENA IX.

ENRIQUE y á poco LOLA en traje de calle: BARTOLO, con levita y el sombrero de copa algo ridículo: ROBUSTIANA, con el mismo traje anterior y una mantilla.

ENRIQUE. ¡Lola! ¡Lola! Anda pronto; no perdamos tiempo, no sea que vuelva Pedro ó venga tu padre.

LOLA. Creí que íbamos á estar encerradas todo el día en el cuarto.

ENRIQUE. ¡No me ha costado poco trabajo el hacer que Pedro desalojara la sala. Pero vamos, que el Capellan y los testigos nos esperan.

LOLA. Sí: vamos.

ENRIQUE. Pero Bartolo y Robustiana ¿qué hacen...?

BARTOLO. Aquí estoy, don Enrique. Me estaba poniendo esta levita y este sombrero de usted para poder asistir con decencia á la ceremonia.

ROBUST. Y yo, gracias á esta mantilla de la señorita, podré ser testigo de la boda; pues como mi salida de la

hacienda fué tan intempestiva, no pude traerme ropa alguna.

ENRIQUE. Ea, pues vamos. (*Vánse por el foro.*)

ESCENA X.

ROQUE y DAMIAN, saliendo con cuidado.

DAMIAN. ¿Has oído, Roque?

ROQUE. Sí.

DAMIAN. Huyendo del perejil...

ROQUE. Vino á darnos en la frente. Pero yo tengo la culpa, porque fui á robar á la vieja por la muchacha. Verdad es que cuando estaba ya cerca del coche advertí mi equivocación y la solté.

DAMIAN. ¡Si que fuistes un imbécil!

ROQUE. Como me mandó usted apagar el farol y nos quedamos á oscuras.... En fin, lo hecho ya no tiene remedio. Ahora lo que nos conviene es huir ántes que vuelva Pedro con la policía.

DAMIAN. Pues andando. (*Se ván hácia el foro con precaucion, yendo Damian delante, el que desaparecerá de la vista del espectador. Al llegar Roque á la puerta, oye dentro la voz de Pedro y se detiene.*)

PEDRO. Por aquí, por aquí....

ROQUE. ¡La policía! (*Vuelve atrás precipitadamente, encerrándose en el cuarto que antes ocupaban. Damian retrocede tambien, y al aparecer en escena, dice muy apurado:*)

DAMIAN. ¡Ahí viene! (*Dirigese al cuarto en que entró Roque, y hallando cerrada la puerta, la empuja violentamente, exclamando.*) ¡Roque! ¡Roque! Abre. ¡Dios mío! ¿Dónde me meto? (*Dá algunas vueltas aturdido por la escena, y al reparar en la habitacion que antes ocupaban Robustiana y los otros, entra en ella con prontitud, diciendo:*) Aquí. (*Cierra.*)

ESCENA XI.

PEDRO, con dos agentes de policía: á poco el CAMARERO.

PEDRO. Amigos, vamos á cojer nada ménos que á cuatro; una muy interesante, y los otros tres, que tambien lo son, aunque no tanto. Pero ¿y don Enrique? ¡Don Enrique! ¿Se habrá marchado? ¡Mozo! ¡mozo!

CAMAR. (*Saliendo.*) ¿Qué se ofrece?

PEDRO. ¿Y el caballero que estaba aquí?

CAMAR. Se habrá ido.

- PEDRO. ¿Qué?
- CAMAR. *(Alzando la voz.)* Que se habrá marchado.
- PEDRO. ¡Cómo! ¿Se ha ido? ¿Y los que estaban en esa habitación?
- CAMAR. Ahí estarán.
- PEDRO. ¿Todos?
- CAMAR. Sí señor. La señora gruesa, la jovencita, un señor muy elegante y otro que parece el sacristan de un pueblo.
- PEDRO. *(Admirándose.)* ¡Conque sacristan! En la batalla de Ocaña maté, por mis propias manos, lo ménos treinta franceses, y en esta fonda voy á hacer de un solo sacristan sesenta sacristanes.
- CAMAR. No hacedle caso, está loco. *(Váse por el foro.)*
- PEDRO. ¡Conque tambien el sacristan! Amigos, yá hay dos interesantes, y el sacristan, que es el causante de este enredo. *(Tocando en la puerta en que entró Damian.—Entonación.)* Yá se acabaron las capitulaciones, no doy cuartel. Señor Bartolo, yá basta de burlas; estamos aquí fuerzas superiores y es inútil toda resistencia. Hola, ¿se niega usted á salir? ¡Señor sacristan! ¡señor Bartolo! *(Dirigiéndose á los guardias.)* ¿Ha contestado? *(Seña negativa de los guardias.)* ¡Señor Bartolo! ¿Contesta? *(Idem.)* Bajo mi responsabilidad y la de mi amo el coronel, echad esa puerta abajo. *(Los guardias empujan.)* ¡Fuer-te; duro en ella! *(Abren la puerta.)* Ajá; yá está abierta. *(Tomando el sable.)* Traed aquí á cuanto vicho viviente haya dentro de ella. *(Entran los guardias.)* En guardia, Pedro. *(Se coloca en una posicion ridícula.)*

ESCENA XII.

PEDRO, y DAMIAN conducido por los guardias.

- PEDRO. ¿No hay más que éste? *(Los guardias hacen seña negativa.)* ¡Conque con su me... me... media len... len... lengua *(imitando á Damian)* y tambien anda usted robando doncellas! Y cuidado que no lo digo por mi mujer, porque yá hace muchos años que dejó de serlo. Y sus cómplices ¿dónde están? *(Con furia.)* ¿Dónde están vuestros cómplices? ¡Es usted un mal caballero! *(Creyendo que le contesta.)* No me replique usted; tengo motivos para insultarlo y hasta para ahogarlo entre mis manos, seor tartamudo. Sí, tar... tar... tamudo y de los más mal hablados que yo he oído... Hombre, cálese la boca ó le ar-

rango la lengua, y con eso le haria un favor á la humanidad. *(Á los guardias.)* Encerradlo al punto hasta que un tribunal lo mande á presidio. ¿Eh? ¿qué dice? ¿que por qué? Porque me dá á mí la gana. Encerradlo. *(Los guardias lo encierran en la misma habitacion, quedándose de centinela en la puerta.)* ¡Mozo! ¡mozo!

CAMAR. *(Saliendo.)* ¿Qué quieres, condenado?

PEDRO. ¿No has visto salir á nadie?

CAMAR. Nó. *(Seña negativa.)*

PEDRO. ¿Entregaste la carta?

CAMAR. Sí. *(Seña afirmativa.)*

PEDRO. ¿Se vino el coronel contigo?

CAMAR. Sí. *(Idem.)*

PEDRO. Y ¿dónde está? *(El camarero señala á la puerta del foro al mismo tiempo que entra Pantaleon por ella. Vase el camarero.)*

ESCENA XIII.

PEDRO, PANTALEON y guardias.

PANTAL. *(Tomándole la mano.)* Gracias, amigo Pedro. ¡Bien sabía yo que tú habias de enmendar el descuido de dejarte robar á las mujeres que teniamos en casa! He leído tu carta y no he podido ménos de alegrarme al ver que has sido tú y no otro el que las ha descubierto. ¿Dónde están?

PEDRO. *(Aparte.)* ¡Qué estará hablando!

PANTAL. *(Fuerte al oido.)* ¿En dónde están Robustiana y mi hija?

PEDRO. ¡Cómo! ¿Su hija?

PANTAL. Sí; no me cabe duda que es la que está con tu esposa.

PEDRO. No lo sé.

PANTAL. ¿Pues no me has escrito que las tenias en tu poder?

PEDRO. *(Con gravedad.)* Sí señor.

PANTAL. ¿Y dónde están?

PEDRO. No lo sé.

PANTAL. ¿Tú piensas jugar conmigo como con un muñeco? Te equivocas, porque te cojo por el pescuezo y te ahogo.

PEDRO. *(Aparte.)* Y que éste es de los que lo dicen y lo hacen.

PANTAL. Habla, discúlpate al ménos y no seas bestia.

PEDRO. Señor, cuando yo le escribí á usía la carta los tenia en mi poder; es decir, ahí encerrados. Á poco llegó don Enrique el cazador, le conté lo que habia descu-

bierto y me aconsejó que yo en persona fuera á buscar á la policía y que él entretanto se quedaria aquí para que no se escapáran, y á mi vuelta ni don Enrique, ni Robustiana, ni la señorita Lola, segun usted dice, ni el sacristan, segun dice el camarero. Sólo he encontrado á don Damian.

PANTAL. ¿Y dónde está ese?

PEDRO. *(Con satisfaccion.)* ¡Yá! ¿ese? Ahí encerrado y con este par de valientes á la puerta para que no se escape.

PANTAL. Pues échalo fuera: él nos dirá dónde andan los otros.

ESCENA XIV.

DICHOS: LOLA, ROBUSTIANA, ENRIQUE, BARTOLO, DAMIAN
y testigos del casamiento.

ENRIQUE. Es en balde; aquí estamos todos á pedirle á usted perdon por lo pasado y á que bendiga nuestra union, como lo acaba de hacer un sacerdote.

PANTAL. Señor don Enrique: ¿y esta es la manera que usted ha tenido de pagar la confianza con que le abrí las puertas de mi casa?

ENRIQUE. Señor, amaba á Lola y era correspondido desde que años pasados estuvieron ustedes en Sevilla. Sabia que usted estaba resuelto á casarla con don Damian y determiné romper este enlace, que á todos nos habia de hacer desgraciados.

PANTAL. ¿Y no podian ustedes habérmelo dicho antes? En fin, lo hecho ya no tiene remedio; mi hija se ha casado á su gusto y es preciso confesar que no ha tenido mala eleccion. Hágalas usted feliz como una reparacion á su conducta.

ENRIQUE. Haré cuanto esté en mi mano para conseguirlo. Mas ahora vamos á pasar el dia cual corresponde. *(Dirigiéndose á la puerta en que está Damian.)* Salga usted, que ya nada tiene que temer y espero nos hará el honor de acompañarnos y tomar parte en nuestra alegría.

DAMIAN. *(Sole.)* Acepto con mucho gusto.

ENRIQUE. *(Á Pedro.)* Yá pareció tu mujer, abrázala.

PEDRO. Nunca.

ENRIQUE. ¿Por qué?

PEDRO. *(Incómodo.)* ¿Por qué? ¿por qué? Por cosas que yo me reservo.

ENRIQUE. Esas no son razones.

PEDRO. Pues no tengo otras que dar.

- ENRIQUE. Vamos, perdónala, que no tienes motivo para otra cosa.
- PEDRO. (*Más incómodo.*) Nó y nó. ¡Cuando digo que tengo mis razones!
- ENRIQUE. ¿Cuáles?
- PEDRO. Las que sean.
- PANTAL. (*Incómodo.*) ¡Dilas! ¡Te lo mando!
- PEDRO. (*Cuadrándose.*) Si es como orden las diré. Porque se ha llevado doce horas fuera de su casa sin su marido; y á las señoras mujeres, decia mi abuelo que esté en gloria, las tienta el demonio una porcion de veces por segundo. Métale usted la pluma á los segundos que ha estado separada de mi lado y... Vamos, que decididamente no la perdono. Yo veo este negocio muy turbio.
- BARTOLO. ¡Vamos, señor Pedro!
- PEDRO. ¡Cuando digo que nó! Y no interceda usted más, señor sacristan, ó hago con usted una sacristanada. Usted es el causante de todo y le voy á pegar un tajo (*echando mano al sable*) mayor que el que les di á mis dos franceses, para que no vuelva otra vez á entortar matrimonios.
- BARTOLO. Yo, amigo Pedro, no...
- PEDRO. Hombre, no me enfade usted, porque vamos á escapar mal.
- LOLA. ¿Á que logro disuadirle? (*Muy cariñosa.*) Pedro, ¿por qué no la perdonas?
- PEDRO. Porque se ha tomado la absoluta sin el permiso de su marido; es decir, que se ha pronunciado; y la mujer que se pronuncia una vez, es como el militar que falta á su juramento.
- LOLA. ¡Pedro! ¡Pedro!
- PEDRO. Nada. Su hoja de servicios tiene que llevar un gran borron y yo no la admito emborronada. Sabe Dios....
- LOLA. Tu mujer no se ha separado de mí, pues apenas salimos de la hacienda nos la encontramos y le hicimos se viniera con nosotros.
- PEDRO. Bien, pero ¿por qué se salió?
- LOLA. Porque recibió un anónimo en el que le mandaban espiarte.
- PEDRO. Y ese anónimo....
- LOLA. (*Tomándolo de Robustiana.*) Tómalo.
- PEDRO. (*Lo lee y se vá enterneciendo durante su lectura, y así que haya concluido lo tira y abraza á Robustiana.*) ¡Robustiana, ven á mis brazos! ¡Perdóname!
- ROBUST. (*Presentándolo al público.*)

Aquí se pide el perdon
y que sirva de escarmiento.

PEDRO. Es que como yo lo pida
ninguno queda contento.
BARTOLO. Vamos andando.
PEDRO. No puede ser. *(Con cortedad.)*
PANTAL. Anda, jaqueca. *(Lo coloca delante.)*
PEDRO. Lo voy á hacer.

—
Si no gustó este juguete,
aplaudido sin embargo,
que mi sordera no tiene
más cura, que un buen aplauso.

— FIN.

OBRAS DEL MISMO AUTOR.

LA CURACION POR CELOS, comedia en tres actos.
PEDRO EL SORDO, juguete cómico en tres actos.
EL ERMITAÑO DE LA PEÑA MALDITA, drama en tres actos.
EL REY CIEGO, zarzuela en tres actos.
EL QUE SIEMBRA COGE, drama en tres actos.
LA MONTERÍA, zarzuela en un acto.
LA AVARICIA ROMPE EL SACO, juguete cómico en un acto.
DOS VETERANOS DE LA GUERRA CIVIL, paso cómico en un acto.

1034908

